

extremismos llevados a sus últimas consecuencias son irrealizables, irrealizables en el sentido de ser estables. Extreme usted la doctrina cristiana y márchese al desierto. Imposible. La virtud más grande de estos caudillos de multitudes debe ser el sentido de la medida; saber previamente lo que es o no asequible a cada pueblo.

—Pues, a pesar de su observación —matizó Alcázar—, estamos frente a un movimiento de esta naturaleza.

—Es posible; pero le repito lo que he dicho del fascismo —mantuvo Benavente—. No creo España clima a propósito para que se desarrolle y eche hondas raíces.

El hambre —le advirtió su interlocutor—, y la injusticia social pueden hacerlo posible.

Benavente dio rienda suelta a su indignación. El periodista había acertado en el blanco:

«Indudable», asintió. «Pero de eso tienen la culpa: primero, los gobernantes, y segundo, las derechas. Desde hace treinta años, en España gobierna el miedo. No se han atrevido a hacer nada por miedo a las derechas, y las derechas han sido tan insensatas que no han comprendido que tenían que ceder parte de sus privilegios y sus bienes. Yo les he oído decir a varios señores que el obrero andaluz, con un gazpacho y un fandango tenía bastante. Y, naturalmente, ese concepto inhumano del trabajador tenía que traer las consecuencias que hemos lamentado. Hasta a mí han llegado a mirarme con hostilidad porque algunas veces me dolía ante ellos de la triste condición del obrero. Las derechas españolas, como le he dicho, son de una intransigencia suicida. Aquí no se ha podido hacer nada por temor a ellas. Ni al divorcio, ni a la libertad de cultos, ni a una más equitativa distribución de la riqueza, se han podido tocar. Pero lo más curioso es que toda esta feroz intolerancia en España se transformaba al pasar la frontera. Les agradaba llegar a Londres y encontrarse con una magnífica catedral católica; pero en España creían que era una tremenda herejía tolerar el culto protestante. Ahora mismo permanecen sordos a los clamores del mundo...»

Sorprendentemente, como si desconociese el alcance de cuanto acababa de manifestar, el dramaturgo veía, o quería ver, el futuro de la República con optimismo. Al menos, eso fue lo que dijo:

«Creo que a pesar de los conflictos que puedan perturbarla, se consolidará. Izquierdas y derechas llegarán a una transacción, como ocurre en todos los países del mundo. Intentar otra cosa me parece de poco sentido político y patriótico.»

(*La Voz*, Madrid, 30 de enero de 1934, pág. 2)

Así pensaba Benavente a comienzos de 1934. Y, alineándose al lado de la República, idénticas opciones mantuvo a lo largo de toda la guerra, firmando, en consecuencia, los correspondientes manifiestos, enviando sendos sonetos de apoyo a *Ayuda*, «órgano del Socorro Rojo», y *Hora de España*, y sin privarse siquiera de efectuar declaraciones tan rotundas como las que concedió a Jean Braman: «A él (al pueblo), se lo debo todo». «El fascismo», seguía, «estoy seguro, es el hijo sangriento de la Inquisición: se apodera del trabajo para explotarlo, del movimiento para forzarlo, del heroísmo para envilecerlo, de la gloria para mancillarla, del pensamiento para prostituirlo. Yo no puedo estar a su lado». Más rotundo aún: «Prefiero caerme de inanición o morir aplastado por las bombas antes que postrarme a los pies de los invasores. Nada podrá hacerme ceder...»<sup>3</sup>. ¿Nada podría hacerle ceder? En cuanto se

---

<sup>3</sup> La entrevista en cuestión obtuvo cierta difusión. Entre otras publicaciones periódicas españolas, la

consumó la derrota, Benavente se apresuró a alinearse con los vencedores. Habló entonces de miedo, citó coacciones, y se entregó de lleno a la penosa tarea de invadir escenarios con obras absolutamente residuales. Las dictaduras, había dicho, «se soportan, pero no se acatan espiritualmente, que es lo interesante. Por eso se derrumban». El, sin embargo, no se limitaría a soportarla.

### 3. Valle-Inclán: en España, si es que se produce, la revolución tendrá características específicas

El 3 de febrero llegó el turno de Valle-Inclán, escritor siempre espectacular y polémico en sus intervenciones públicas, cuyas palabras al respecto serían esperadas con singular expectación: nadie habría olvidado todavía las tremendas declaraciones que en agosto del treinta y tres concedió a *Luz*<sup>4</sup>. Causando generalizado estupor, improvisó entonces una inesperada apología del régimen fascista de Mussolini, exaltando el sentido del ideal que el dictador italiano supuestamente inculcaba a su pueblo, apología, para mayor asombro, acompañada por una disparatada interpretación sobre dictaduras y luchas de clase.

En aquella nada lejana ocasión, la obligada réplica comunista corrió a cargo de César M. Arconada. Desde las páginas de *Octubre*<sup>5</sup>, Arconada presentó a Valle como prototipo de escritor irresponsable, retórico, «admirador de los grandes gestos», arcaizante y anacrónico, «actor perpetuo del monólogo de sus arbitrariedades y de sus ingeniosidades». Excepto a él, genial creador del esperpento, incondicional partidario de las escenografías rimbombantes, a nadie, concluía —con sobrada razón irritado— Arconada, lograrían seducir ni engañar las ridículas parafernalias, encubridoras de evidentes peligros, de tramoyas, marchas y músicas que tanto agradaban al Duce.

Aún sin apagar el escándalo suscitado por tales manifestaciones, en esta ocasión los comunistas decidieron adelantarse a los acontecimientos. Y así, sin duda con el sano propósito de influir en sus declaraciones, el 24 de enero, en cuanto se corrió la noticia de los reportajes que preparaba *la Voz*, se apresuraron a insertar un breve suelto en su diario *La Lucha*<sup>6</sup>. Se trataba, argüían, de atajar los infundados rumores sobre el fascismo de Valle; en realidad, creo yo, fue una ineficaz manera de sugerirle que observase una conducta a tono con la imagen derivada de dicho desmentido. Mal le conocían en la redacción de *La Lucha*.

«Me parece acertada la opinión de Benavente», comenzó. «Creo que es la única postura lícita para un hombre que, aceptando el hecho, la realidad de su existencia, y reconociendo las virtudes y defectos del fascismo y del comunismo, permanece equidistante de las dos tendencias».

A pesar del mensaje comunista, o quizá precisamente por eso, la conversación había empezado casi de la peor manera posible: equiparando al fascismo con el comunismo, reconociendo que ambos presentaban ventajas e inconvenientes.

---

reprodujeron *La Vanguardia* (Barcelona, 4 de junio de 1938), y *El Mono Azul* (Madrid, núm. 46, julio del mismo año).

<sup>4</sup> «Don Ramón del Valle-Inclán habla de sus impresiones de Italia», en *Luz*, Madrid, 9 de agosto de 1933.

<sup>5</sup> «Valle-Inclán vuelve de Roma». *Octubre*, Madrid, núm. 3, agosto-septiembre de 1933, págs. 30-1.

<sup>6</sup> «En el café». *La Lucha*, Madrid, 24 de enero de 1934. Sec. «La Ciudad».

«Bien, don Ramón», le apostilló Alcázar, «pero España está amenazada por la derecha y por la izquierda con una dictadura, y la gente se pregunta angustiada, ¿qué va a pasar?»

Un gesto de incertidumbre se apoderó de su rostro, anotó Alcázar. La situación no estaba para bromas. Y Valle-Inclán lo sabía:

«Cualquiera sabe lo que va a pasar», musitó preocupado. «Ahora», prosiguió, «lo que yo no creo es que aquí se dé una revolución del tipo italiano ni del ruso. Cada pueblo hace su revolución y crea sus sistemas de gobierno. El fascismo es netamente italiano, como el comunismo es ruso, y sería una torpeza traspasarlos íntegros a un pueblo que ni su espíritu, ni su tradición, ni sus costumbres, ni el ambiente son propicios. Si en España llega a producirse la revolución, tendrá un carácter español, o será de tipo portugués, o africano, que son los pueblos que ofrecen más semejanza con el nuestro».

—Sin embargo —inquirió el periodista—, en Alemania ha triunfado el fascismo.

—El fascismo —contestó Valle-Inclán—, alemán tiene pocos puntos de contacto con el italiano. Casi me atrevería a sostener que no es tal fascismo. El neosocialismo alemán es en su fondo y en su forma una ambición imperialista. Mussolini llega al fascismo por un convencimiento, por creer que el socialismo había agotado sus posibilidades. Hitler crea el neosocialismo por un sentimiento de odio, por estimar que la decadencia del pueblo alemán se debe al marxismo. No repara, no analiza, si el socialismo alemán ha cumplido ya su destino, si ha llegado al término de su trayectoria. Para él sólo hay una cosa: el Imperio —que no es un hombre, sino una organización—; y, naturalmente, como el socialismo es enemigo de toda idea imperialista, contra el socialismo va, movido por un sentimiento de dominación y de poder. Le repito que no son iguales, aunque las líneas generales de su arquitectura se asemejen.

—¿Y el comunismo?

—Otra equivocación, pero no de ideario, sino de táctica. Yo no niego que pueda darse en España. Como se van poniendo las cosas, pudiera llegar a ser un hecho. Hay mucha hambre y más injusticia, y sobre todo el predominio cada vez más creciente de la clase trabajadora. Claro que, para esto, se tienen que dar otras circunstancias. Pero lo que yo censuro es que se quiera calcar la revolución rusa. Me parece una ambición pueril. En Rusia fueron posibles muchas cosas que tal vez en España no lo serían. Cada movimiento revolucionario adquiere el carácter del pueblo donde se produce. Observe usted el carácter que adquieren dos revoluciones del mismo tipo político como la francesa y la inglesa. No; no creo en las imitaciones. Y no creo por convencimiento filosófico y por experiencia histórica. Si es cierta la teoría hegeliana de que la historia es el campo de la experiencia metafísica, el lugar donde da sus revelaciones el espíritu universal, y que estas revelaciones constituyen el espíritu de los pueblos, cada pueblo se manifiesta según su espíritu, y la revolución tiene que responder a su naturaleza.

—Entonces, ¿usted cree que la revolución, blanca o roja, puede producirse?

—¡Hombre!, poder, ya lo creo. Pero no me refiero a ese punto, sino a la pretensión que algunos caudillos tienen de imitar los movimientos extranjeros. No. Si en España es inevitable la revolución, tiene que ser española, sobre todas las cosas. ¿Más honda que la rusa? ¿Más superficial que la italiana? Más española. Esta es mi posición y mi creencia. Cuanto más italiano sea el fascismo y más ruso el comunismo —ya sé que es una doctrina genérica a toda la sociedad— menos españoles serán el fascismo y el comunismo de nuestro pueblo. ¿Está claro?

—Evidente —apostilló Alcázar—. pero su posición es un poco pesimista, don Ramón.

—¿Y cómo quiere usted que sea para el hombre que desapasionadamente contempla el panorama de la vida española? Mire usted: en España es donde mejor

han estado las derechas y el clero y donde peor considerado ha estado el obrero. Y cuando se ha intentado restarles parte de sus bienes y privilegios para mejorar a la clase trabajadora, ponen el grito en el cielo. Claro que hay algunos que transigen voluntariamente; pero la mayoría son de una incomprensión feroz. Yo me he preguntado muchas veces, contemplando la actitud de nuestras derechas, qué pasaría en España si el Estado, como sucede en Inglaterra, les quitara el sesenta por ciento de sus rentas. Creo sinceramente que algunos llegarían hasta pegarse un tiro. Palabra.

También el clero está mal acostumbrado. En otros pueblos vive recluso en su iglesia, pero aquí interviene en todo. Y esto es lo grave. Porque lo malo del clero no es que sea clero, sino que el clericalismo se ha convertido en arma política. Lo que le decía a usted Benavente era cierto. Aquí no se ha podido tocar a nada que rozara con la Iglesia. Y así han ido las cosas. La Iglesia, en España, que bien orientada ha podido ser la mejor aliada del trabajador, ha llegado a hacerse odiosa para la mayoría de esta gente por sus halagos y complacencias con la alta burguesía y el capitalismo. Claro que se ha hecho rica, pero ha perdido la entraña popular, el calor de humanidad que da el contacto con las masas y, sobre todo, su ascendiente.

—Una pregunta final, D. Ramón: ¿cómo ve usted el porvenir de la República?

—Bien. Claro que lo vería mejor si no estuviera bajo la amenaza de dos fuerzas que intentan asaltarla; pero creo que unas y otras, en la hora de la lucha —si llega—, pondrán por encima de sus ideales el que debe ser común a todos: la salvación de la República y, con ella, España.

(*La Voz*, Madrid, 3 de febrero de 1934, pág. 2)

Estas declaraciones salieron el sábado. Pues bien, el lunes tronó *La Lucha* que, tachándolas de «incongruentes», amenazó: «Antes de comentarlas, esperamos que el gran escritor las autorice con su silencio o las rectifique»<sup>7</sup>.

Resonó luego el silencio de D. Ramón, y después, al correr de los días, cobraron renovada actualidad aquellos versos de Cervantes: «caló el chapeo, requirió la espada,/miró al soslayo, fuese y no hubo nada». Los comunistas debieron recapacitar; lo mejor, a veces, es el silencio, pensarían. Palabras precipitadas o juicios temerarios al margen, Valle-Inclán, rotundo además en la segunda parte del reportaje, siempre había constituido un magnífico exponente de dignidad y entereza contra el que de ninguna manera les interesaría chocar. Su nombre, por ejemplo, jamás faltaría —ni antes ni después de este incidente— de los comunicados de denuncia o solidaridad con los perseguidos que, por desgracia, cada vez estaban haciendo más frecuentes los agrios perfiles de la situación. Reconociéndolo, a raíz de su muerte, Esteban Vega, presidente a la sazón del Socorro Rojo Internacional en España, escribió un agradecido artículo al que pertenecen estos elocuentes fragmentos:

«Pero en Valle-Inclán», decía, «había algo más íntimo, inédito para la casi totalidad de los españoles: su gesto comprensivo y generoso hacia los caídos, su ayuda a los presos, a los hombres oscuros y anónimos que luchan por una sociedad más justa y humana...

En las postrimerías de la Dictadura, cuando el Socorro Rojo Internacional actuaba en la más rigurosa clandestinidad, Valle-Inclán, en unión de un grupo de intelectuales y artistas, prestaba su generosa ayuda a nuestra organización. Después, al correr de los tiempos, ha continuado dando pruebas de solidaridad. El pequeño grupo de

<sup>7</sup> «Valle-Inclán». *La Lucha*, Madrid, 5 de febrero de 1934. Sec. «La Ciudad», pág. 4.